

# DE COMO CONOCI AL PINTOR SEGRELLES

## CUADROS SUYOS EN ALCOY

Segrelles, el gran pintor de Albaida, el famoso artista español, ha muerto. Sus pinceles constantes, siempre en movimiento, eternamente mojados con los azules, verdes y carmesíes de su paleta mágica, han quedado en la más triste orfandad, en el silencio absoluto.

No pretendo en esta pequeña glosa —que no aspira sino a eso, a ser una glosa— hacer el elogio, el panegírico, de un hombre que aportó a la pintura nacional la fantasía desbordante de su imaginación sin fronteras, la gracia alada de una paleta vibrátil y luminosa. Un artista que lo fue a lo largo y lo ancho de su dilatada existencia plenamente, consciente de que lo era. Un valenciano universal que se había dedicado —entregado en cuerpo y alma— al mundo de la plástica, sin reservas de clase alguna, íntegramente, generosamente.

Quien esto escribe conoció a don José Segrelles hace algunos años. Era uno un «chaval», y repasaba, hojeada con cierta fruición, aquella *Historia de España* que, editada en fascículos semanales, ocupaba un lugar destacado en la biblioteca familiar. Una *Historia* gráfica, a base de láminas y grandes ilustraciones. Y allí, en muchas de estas «estampas», de vez en vez, en la esquina del fotograbado, aparecía la firma del autor: «J. Segrelles.» Verdaderos cuadros de «historia» que constituyeran la continuidad de aquellos otros que años antes realizaran, con miras a las medallas de las exposiciones nacionales, Agrasot, Sala, Gisbert, Ferrant, Palmaroli, Rosales, Pradilla, Casado del Alisal y tantos otros.

Segrelles, por aquel entonces, ponía alma y vigor —diría que hasta énfasis y todo— en sus trabajos. Su herencia sorollista, su empastación cromática —a veces el capricho de color, la riqueza emotiva y desbordante—, su pincelada alegre y robusta, su manera de componer, sujeta al orden y a la armonía, hacían de aquellas ilustraciones verdaderas páginas repletas de sugestión y de encanto.

Desde los primeros momentos, ante aquellas láminas de *Portfolio de Historia de España* me sentí atraído por Segrelles. Me agradaban sus dibujos, su manera de pintar. Supe después, al caer en mis manos un libro de cuatricromías firmadas por el artista, que Segrelles era valenciano, que vivía en Albaida y que allí, en un rincón casi cenobial —con silencios y ensueños—, había establecido el maestro su estudio, un verdadero santuario erigido para el cultivo del espíritu y la educación de la sensibilidad.

Un día de abril —iba yo por mis doce años— alguien puso ante mis ojos la *Revista de la fiesta de Moros y Cristianos* de Alcoy. La portada, a todo color, reproducía, entre claridades de fuego y luminarias celestes, la silueta de San Jorge, caballero agueruido y desfacedor de entuertos. Aquí Segrelles había plasmado, con valentía y ardor, la imagen ecuestre del santo capadocio e ilustre mlite. El debelador de dragones —Perseo de leyendas clásicas— y protector de cruzados, patrono de aragoneses y valencianos, dominaba albo corcel y blandía larga espada de oro.

Este cuadro, y otro que aparecía un año más tarde en la misma revista, una soberbia acuarela que representaba a un barbudo y eunucoide musulmán, serían su aportación valiosa al arte de la fiesta mayor de la ciudad de las peladillas. Con el tiempo Segrelles se iría haciendo familiar para mí. En Alcoy pude localizar una magnífica tela —repetidas veces reproducida en libros y «estampas»— en la que el pintor imagina la mística actitud del penitente piamontés Casimiro Barello, muerto en olor de santidad en Alcoy en marzo de 1884, efigie del peregrino que luego repetirá en la iglesia parroquial de su Albaida nativa.

A poco de ello aparecería ante mis ojos *El Niño Jesús del sueño*, obra que preside el retablo de la capilla de la comunión de la parroquia de San Roque y San Sebastián, y a continuación, siguiendo el hilo que tendría que llevarme al ovillo final, me detenía ante el retablo de la capilla del Preventorio Mariola «La Asunción». Cinco maravillosas pinturas, animadas todas ellas por un hálito de poesía y de serenidad, de místico arrebatado incluso: la *Asunción de la Virgen*; *San Vicente Ferrer*, patrono del reino; *San Jorge...* Un San Jorge nuevo, completamente inédito, diferente a como la iconografía universal —y aun la típicamente alcoyana— acostumbra a imaginarle: en actitud de plegaria, de súplica, de acción de gracias. Sereno, sin gestos ni actitudes belicosas, humilde, con la confianza de su triunfo puesta en Dios, por quien sufrió martirio.

Segrelles, en esta ocasión, aparece con todo el bagaje que siempre le ha acompañado, con todas sus peculiaridades y características: armonía de luces, distribución y situación de las figuras con arreglo a unos fondos —celajes a veces— vibrantes, composición correcta, testimoniando con ello un sabio manejo y empleo del pincel.

Segrelles, pues, había entrado plenamente en el



"San Jorge".  
Oleo de José Segrelles.

(Gentileza de Gráficas Aitana,  
S. A., y la Asociación de San  
Jorge. Alcoy).



círculo de mis amistades, de los buenos amigos. Con el tiempo yo conocería más obras suyas: unos apóstoles vigorosos, una colección de obras vicentinas de impresionante realización, otras ilustraciones para la *Oración del Huerto*, el *Traslado de José Antonio*, el *Don Quijote velando las armas* del Museo de San Carlos, de Valencia...

La etapa última estaba pronta a llegar. Se trataba de conocer personalmente al pintor, de hablar con él, de estrechar su mano. Y el día vino. A ambos nos presentaron en una galería de arte de la ciudad del Turia:

—Mucho gusto, maestro.

—*¿Vol que parlem en valencià?...*

—*Naturalment, mestre.*

La entrevista fue breve. Yo le referí la manera en que me había interesado por su pintura. De cómo había ido estudiando su ejecutoria y coleccionando litografías, láminas y dibujos suyos. Entonces fue cuando me invitó a ir a su casa. Me dijo que, camino de Alcoy, podía detenerme en Albaida. Hasta me aseguró que disfrutaría en su estudio, recién reestructurado.

Y un día, un día soleado de invierno, un gran amigo mío y gran amigo de Segrelles, director del periódico *Levante*, de Valencia, detuvo su coche en la plaza principal de Albaida, ante el impresionante palacio. Adolfo Cámara, el administrador del periódico y yo bajamos. Iniciamos el breve acceso a la casa-estudio del pintor. Entramos, nos hicieron sentar, y al poco tiempo, con su bata de paño de lana y su boina, aparecía en la habitación don José Segrelles.

La visita al museo fue fructífera, toda una revelación. Desde las ilustraciones para *Las mil y una noches* hasta los cuadros de tendencia más vanguardista —al menos en conceptos y temáticas—, el recorrido por las diferentes salas nos subyugaba. Espacios siderales, galaxias ignotas, monstruos extraños, fragmentos cardíacos... Un mundo. El mundo de José Segrelles Albert visto y contemplado en su propio ambiente.

Allí se nos hizo de noche. Al despedirnos, ya en el atrio de la puerta, don José nos introdujo en su casa de nuevo y nos hizo firmar en el libro de visitas. Tuvo el maestro el placer de ir coleccionando firmas de cuantos se interesaban por su obra, frases, críticas



«Inmaculada»

o juicios que sobre su pintura se pronunciaban. Después, de nuevo ante el portón de la casa, Segrelles nos dio la mano. Su mano nervuda de campeón y esforzado paladín de altas empresas encerraba la mía, de simple y humilde admirador suyo.

... Un año más tarde José Segrelles, el maestro, moría en su casa, en su estudio, rodeado de cuantos objetos y recuerdos le habían ayudado en su carrera, en su vida sazónada de gustaciones estéticas.

ADRIAN ESPI VALDES